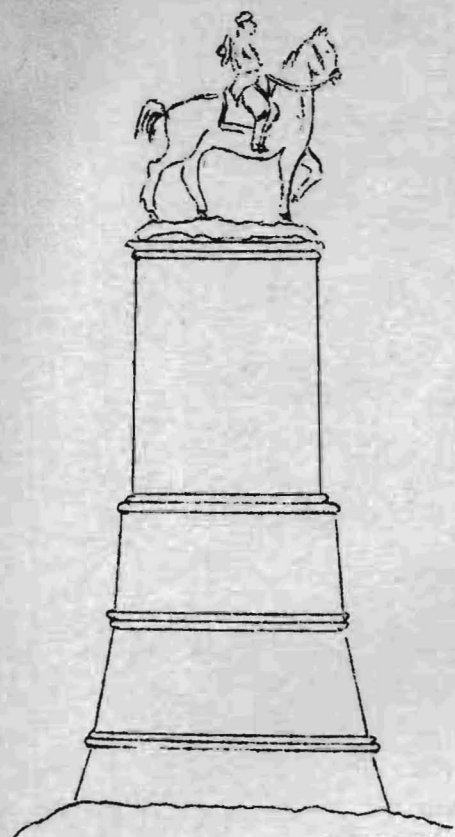


POSTALES

SAN MARTÍN



Campos de Plumerillos. Cerdos en llano. Dos cañones en yeso, y un monumento recordatorio. Y, custodios de la inmensidad, dos soldados. ¿Por qué no serán granaderos, si sentimos en el ambiente, flotando, la sombra gigante de San Martín?

Pasto seco y llanura. Nada más. Retrocedemos un siglo, y vemos al Héroe de América y sus hombres "polvo, sudor y hierro" (hijos dignos del Cid), por tierra inhospitalaria, fijos los ojos en el cielo azul intenso, que impregna todo de mansa cordialidad. Y entonces nos explicamos el místico idealismo de los que libertaban mundos para agregar rayos de gloria al cálido sol de la bandera.

Nos alejamos. Pero San Martín sigue con nosotros. Como que es nuestro. Como que le pertenecemos.

Cerro de la Gloria. Subimos con esfuerzo pero no lo notamos: San Martín... San Martín... Su eco retumba en nuestros oídos, sin romper el silencio grandioso que nos rodea. Es que el grito parte de nuestra alma y se rompe en nuestro corazón. No ha salido de nosotros, pero

creemos que se ha oído lejos, transmitido por los Andes, llevado por el mar a la Lima de los Virreyes.

Nuestros labios se entreabren entonando la Marcha de San Lorenzo.

Y llegados a la cumbre, las Alas de la Victoria que cubren a nuestro Héroe querido, nos albergan infundiéndonos el puro patriotismo, el sobrehumano desinterés, de quienes todo lo dieron.

Los hilos de agua, finas cintas azules, serpentean entre las montañas, se ondulan y retuercen, formando en los picos nevados, la patria bandera.

El cielo azul, bordado de algodonosas nubes, finge el pabellón flameante "que no fuera atado jamás, al carro triunfal de ningún vencedor de la tierra".

Y todo es: San Martín y Patria, hasta confundir los dos sentimientos, identificar a los que tan unidos estuvieron.

Alejandro, Julio César, Carlomagno, Napoleón: a todos impulsó la ambición, el deseo de conquista. Todos buscaron recibir. Solo él, se sacrificó por dar.

San Martín... Las voces blandamente cantarinas de nuestra gente de tierra adentro "rezan" tu nombre, mientras nosotros, cabeza de la República, nos empeñamos en pronunciar con esfuerzo nombres extraños, con el amor y el encano con que solo debe tomarse lo propio. De-

Jamás de mirar hacia afuera. Recordemos que nosotros también existimos, somos, porque hubo San Martines que nos hicieran.

Y por un extraño juego de perspectiva, la figura del más grande militar de nuestra Historia, al alejarse en el tiempo no se empequeñece, sino que se agranda en el ejemplo, hasta llenar toda la Patria : San Martín..... San Martín.....

LEOPOLDINA AGUIRRE



na noche de luna serena y fría
yo me iré de la vida.
Mis pies desnudos recorrerán la senda
tan recorrida.

.....

Apoyada en tu hombro
sentirás el peso de mi faz lívida.
Tu voz transida
reclamará mi voz, mas el silencio
me tendrá cautiva.
Mis dos labios sellados
guardando ese secreto que de la eternidad,
Dios nos confía.
Tu mirada, al encuentro de la mía,
resbalará en el vidrio
de mi pupila.

L
y
d
i
a

B
u
s
c
h
i
a
z
z
o

El hueco de tu mano morena y tibia
tendrá mi mano,
y estará vacía.
Sostendrás sobre el pecho
en un abrazo,
un pedazo de modelada arcilla,
que el viento pronto, demasiado pronto
aventará en cenizas.

.....

Entonces,
a mi ruego,
la luna que mis pasos eternos ilumina,
retornando el sendero
besará tu mejilla.
Será del más allá mi último adiós,
mi último adiós que te acaricia.